



የኢትዮጵያ ኦርቶዶክስ ተዋሕዶ ቤተ ክርስቲያን ሃይማኖትና ሥርዓት

The Ethiopian Orthodox Tewahedo Church Faith and Order

The First Sunday of Zemene Fasika (Paschal Season)

Liturgical Readings:

1 Cor. 15:1 – 20; 1 Pet. 1: 1- 13; Acts 2: 22 - 27,

Psalm 118:24;

John 20:1-19

The Anaphora of Saint Dioscorus

Resurrección

En el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, un solo Dios. Amén.

Amados en el Señor, acerquémonos en espíritu al sepulcro.

Escuchemos de nuevo la voz de nuestro Señor frente a la tumba de Lázaro: *“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá.”* (Juan 11,25) Él no dijo: “Mostraré la resurrección.”

Él no dijo: “Enseñaré sobre la vida.”

Él proclamó: **“Yo soy.”**

La Resurrección no es sólo un evento – es una Persona. Y esa Persona es nuestro Señor Jesucristo.

Transportémonos a la penumbra que precede al amanecer, al jardín de José de Arimatea. El sábado ha pasado. El silencio del luto pesa sobre Jerusalén. Aquel que abrió los ojos de los ciegos, purificó a los leprosos, levantó a los paralíticos y llamó a Lázaro de entre los muertos yace ahora en una tumba prestada. Su Cuerpo santísimo – herido, azotado, traspasado – descansa detrás de una piedra sellada. Los soldados romanos vigilan. La tierra, que tembló a Su muerte, permanece en expectación reverente. Y, sin embargo, antes incluso de que el sol se atreva a levantarse, el amor se levanta primero.

María Magdalena llega, mientras aún es de noche. Con ella están las otras mujeres fieles: María, madre de Santiago, Salomé yaquellas piadosas que siguieron al Maestro hasta el Calvario. Llevan ungüentos en manos temblorosas. Sus corazones están pesados, pero su fidelidad permanece firme. Se preguntan: “¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro?” No vienen esperando la Resurrección. Vienen a ungió un cuerpo sin vida. Pero he aquí – la piedra ya ha sido removida.

Los guardias, orgullosos de su fuerza, yacen como muertos. La tierra ha devuelto a Aquel que no podía retener. Las vendas funerarias están cuidadosamente dispuestas. La propia muerte ha sido sacudida. Un gran terremoto ocurre; un ángel del Señor desciende del cielo. Su apariencia es como un relámpago, su vestidura blanca como la nieve. Y proclama con autoridad celestial: *“No temáis. Buscáis a Jesús, el Crucificado. No está aquí, porque ha resucitado.”* Fijémonos bien: **“el Crucificado.”**

El Resucitado es el mismo que fue crucificado. El mismo Cuerpo que fue herido, coronado de espinas y traspasado por clavos se levanta ahora glorioso, incorruptible. Como las Escrituras habían anunciado, Él no vio corrupción. Como proclamó el apóstol Pedro: *“Era imposible que la muerte lo retuviera.”* Imposible – porque ¿cómo podría la muerte aprisionar a la Vida?

María Magdalena corre a anunciar la noticia a Simón Pedro y al discípulo amado:

“¡Se han llevado al Señor del sepulcro!”

Su corazón percibe el misterio, pero aún no comprende toda Su gloria.

Pedro y Juan corren hacia el sepulcro. Juan llega primero, pero Pedro entra sin vacilar. Ve las vendas funerarias tiradas y el sudario cuidadosamente doblado a un lado. No es un robo. No es un acto apresurado. Es el orden sereno del poder divino. Juan entra, ve – y cree.

Contemplad la transformación: hace apenas unos días, Pedro había negado a su Maestro. Los discípulos se habían encerrado por miedo. Pero el sepulcro vacío enciende en ellos una llama que nada podrá apagar.

¿Por qué eligió el Señor a las mujeres como primeras testigos de la Resurrección?

En la sabiduría de Dios, las hijas de Eva – por quienes entró el dolor en el mundo – se convierten en las primeras anunciadoras de la alegría. En un mundo que menospreciaba su testimonio, el cielo les confía la proclamación más grande de la historia. Ellas, que permanecieron junto a la Cruz cuando otros huyeron, reciben la gracia de ver primero al Resucitado. El amor permaneció fiel – y la fidelidad fue coronada.

María queda en el jardín, llorando. Ve a dos ángeles. Luego se vuelve y cree que es el jardinero. ¡Misterio sublime! El nuevo Adán está en el jardín de la nueva creación. Y cuando Él pronuncia su nombre – “María” – la noche de su dolor se disuelve. “¡Rabbuní!” exclama. El Buen Pastor llama a su oveja por su nombre, y ella reconoce Su voz. Ella es enviada a los Apóstoles: “Id a mis hermanos y decidles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre.”

La Resurrección no sólo devuelve la vida – restaura la filiación. No sólo da aliento – abre la comunión con el Padre.

“Este es el día que hizo el Señor; regocijémonos y alegrémonos en él.” Recordemos Sus palabras:

“Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.”

Hablaba del templo de Su Cuerpo.

Y aún dijo:

“Yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita; la doy por mi propia voluntad.”

Lázaro fue resucitado por la palabra de Cristo.

Cristo, sin embargo, resucitó por Su propio poder divino.

Él es la Resurrección.

En Su crucifixión, la tierra tembló, el velo del Templo se rasgó, los sepulcros se abrieron. Ya entonces el dominio de la muerte comenzaba a ceder. Y como enseña el apóstol Pablo:

“Pero ahora Cristo ha resucitado de entre los muertos, primicias de los que durmieron.”

Él es la primicia – no el último.

Para nosotros, en la viva fe de la Iglesia Ortodoxa Etíope, esto significa:

La muerte ya no es prisión, sino tránsito.

El Cuerpo herido en la Cruz es ahora el Cuerpo glorificado a la derecha del Padre.

En la Divina Liturgia no comulgamos con un recuerdo, sino con el Señor vivo.

En el Bautismo, sepultados con Él, resucitamos con Él.

“Yo soy la resurrección y la vida.”

No: Yo fui.

No: Yo seré.

Sino: **Yo soy.**

Por tanto, aunque muramos, viviremos. Aunque nuestro cuerpo vuelva al polvo, será resucitado en gloria. Las lágrimas pueden durar una noche – pero al amanecer estalla la alegría.

Amados, que el jardín del sepulcro se convierta en el jardín de vuestros corazones. Que la piedra de la incredulidad sea removida. Que la voz que llamó “María” os llame también por vuestro nombre.

Cristo ha resucitado de entre los muertos,
con Su muerte venció a la muerte,
y a los que estaban en los sepulcros les ha dado vida.

A Él sea la gloria, con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.